

SAGRADA BIBLIA

BS299

V4 COM NOTAS

V. 15

1831

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

ESTA TRADUCCION ES PROPIEDAD DE MARIANO GALVAN RIVERA.

SAGRADA BIBLIA.

PREFACIO

SOBRE

EZEQUIEL.

EZEQUIEL, que es el tercero de los cuatro profetas mayores, nos dice que era hijo de Buzi, de estirpe sacerdotal (1). Un autor antiguo (2) pretendió que este profeta era natural de un lugar llamado *Sarera*, acaso el mismo que *Sareda*, ó segun los Setenta, *Sarira*, patria de Jeroboam, hijo de Nabat, de la tribu de Efraim (3), en la que debia estar dicha ciudad. Lleváronle cautivo á Babilonia en tiempo de la transmigracion de Jeconías, rey de Judá, y desde esta época cuenta los años en que profetizó. Al principiar su libro, fecha su primera vision en el año quinto despues de la transmigracion del rey Joaquin ó Jeconías: *Ipse est annus quintus transmigracionis regis Joachin* (4); y al concluir, fecha una de sus últimas profecías en el año vigésimoquinto de aquella transmigracion, y deja entender que él fué de los conducidos entónces: *In vigesimo quinto anno transmigracionis nostrae* (5).

I.
Origen y patria de Ezequiel. Su cautiverio. Principio y duracion de su mision. Objeto literal é inmediato de sus profecias

Ezequiel empezó pues á profetizar en el año quinto despues de la transmigracion de Jeconías; y dice que este quinto año era el trigésimo despues de otra época que no expresa: *Et factum est in trigesimo anno* (6). Los intérpretes se dividen mucho sobre la época de este año trigésimo; y la opinion mas verisimil la fija en la fundacion de la monarquía de los Babilonios por Nabopolassar, padre de Nabucodonosor. Parece que Nabopolassar se hizo reconocer rey de Babilonia hácia el año 123 de la era de Nabonassar, 625 ántes de la era cristiana vulgar; de modo, que el año trigésimo de su reinado correspondia al 595 ántes de la era cristiana vulgar, y concurría así con el quinto de la transmigracion de Jeconías, que fué llevado á Babilonia en 559. El quinto año de la transmigracion de Jeconías era tambien el quinto del reinado de Sedecias. Así Ezequiel profetizaba en Caldea, mientras en Judea profetizaba Jeremías. El historiador Josefo (7) insinúa que las profecías de Ezequiel se enviaban á Jerusalem. San Gerónimo (8) piensa lo mismo, y cree que recíprocamente se enviaban á Babilonia las profecías de Jeremías, para que la conformidad del testimonio de ambos profetas contri-

(1) *Ezech. i. 3.*—(2) *Pseudo-Epiph. Vita prophet.*—(3) *3. Reg. xi. 26.*—(4) *Ezech. i. 2.*—(5) *Ezech. xl. 1. Vide et xxxiii. 21.*—(6) *Ezech. i. 1.*—(7) *Joseph. Antiq. l. x. c. 10.*—(8) *Hieron. in Ezech. xii. col. 766. nov. edit.*

buyese á instruir á los que se habian quedado en Judea, y á consolar á los que en Caldea se hallaban cautivos. Parece que Jeremías murió á poco de la ruina de Jerusalem, es decir, en los cinco años que la siguieron. Ezequiel siguió profetizando por lo ménos hasta el año décimosexto despues de la ruina de Jerusalem, y vigésimoseptimo de la transmigracion de Jeconías: tal es la fecha de una de sus profecías: *In vigesimo et septimo anno* (1). Así Ezequiel profetizó lo ménos por espacio de veinte y dos años.

El principal objeto de sus profecías, consideradas en el sentido inmediato y literal, es reprender sus infidelidades á los hijos de Judá, anunciarles las terribles venganzas que Dios iba á ejercer en ellos con las armas de Nabucodonosor, y predecirles su vuelta á su patria, la reedificacion de Jerusalem y del templo, y en fin, la reunion de las dos casas de Israel y de Judá. Profetiza tambien contra muchas naciones extrangeras, contra los Ammonitas, los Moabitas, los Idumeos, los Filisteos, los Tirios, los Sidonios, los Egipcios y los Babilonios. El cumplimiento de aquellas diversas profecías contra pueblos extrangeros, servia al mismo tiempo para hacer conocer á estos el verdadero Dios, y asegurar á los hijos de Israel y de Judá el cumplimiento de las profecías relativas á ellos.

II.
Análisis de las profecías de Ezequiel, segun el sentido inmediato y literal.

Ezequiel estaba entre los cautivos de su pueblo junto al rio Chobar ó Chaboras, en el quinto año de su cautiverio, cuando abriéndosele los cielos tuvo una vision misteriosa. Levantóse del norte un torbellino, y el profeta vió venir una nube inflamada, en medio de la cual distinguió cuatro animales con cuatro caras, y junto á cada uno de ellos una rueda tambien con cuatro caras. Sobre las cabezas de aquellos animales estaba un firmamento, en este un trono, y sobre este trono aparecia sentada y resplandeciente una semejanza de hombre, era la imágen del Dios Supremo, que iba á ejercer sus tremendos juicios sobre Judá y Jerusalem, trayendo contra aquel pais y aquella ciudad el ejército de los Caldeos, cuyo pais se reputaba septentrional respecto de la Judea (Cap. i.). Al momento que tuvo el profeta aquella vision, cayó sobre su rostro. El Señor le mandó levantarse; hízolo, y el Señor le declaró que le enviaba á los hijos de Israel. (Siempre llama así el profeta á los hijos de Judá; pues no existiendo ya el reino de Israel, no habia equívoco en tal nombre). El Señor le exhorta á no temer sus amenazas, á llevarles todas las palabras que él ordene, y á no imitar su indocilidad. Entonces una mano le presenta un libro en que habia escritas lamentaciones y quejas (Cap. ii.). El profeta se le come por orden de Dios, y recibe su mision del Señor. Este le advierte el endurecimiento de Israel, y le dice que le ha dado una frente diamantina para que reprenda sin temor á los hijos de Israel. Envíale el Señor á los cautivos de su pueblo; va á unírseles, y permanece con ellos siete dias en afliccion y tristeza. Pasados los siete dias, vuelve el Señor á dirigir la palabra á su profeta, y le dice que le pone de centinela en la casa de Israel; y que si deja de avisar al justo y al impío, será responsable de su pérdida. Va el profeta de orden del Señor á un campo, y allí ve la gloria del Señor bajo el

(1) *Ezech. xxix, 17.*

mismo símbolo que ántes le habia visto. El Señor le manda encerrarse en su casa, y permanecer allí en silencio, por la malignidad de la casa de Israel; y quiere que cuando ordene al profeta que les hable, este exhorte á los corazones dóciles á que le oigan, y declare á los indóciles que serán entregados á sí propios (Cap. iii.). El Señor manda á Ezequiel que dibuje en un ladrillo la ciudad de Jerusalem y figure su sitio. Le manda estarse acostado al principio sobre el lado izquierdo y despues sobre el derecho, durante ciertos dias determinados, que representan el número de años que la paciencia de Dios sufrió las inquietudes de los hijos de Israel y de Judá. Le ordena que se prepare un pan compuesto de varios granos, y los haga cocer bajo polvo de excrementos, para alimentarse con él durante el mismo número de dias, tomando con medida el pan y el agua, para representar la miseria de los hijos de Israel durante el último sitio de Jerusalem y en su cautiverio (Cap. iv.). Esta profecía será asunto de una disertacion, en la que se examine cual es el número de dias de que habla aquí el profeta, y lo que este número significa. Manda el Señor á Ezequiel que se rape el pelo de la cabeza y de la barba, y queme una tercera parte de él en medio de la ciudad figurada en el ladrillo; que hiera con la espada otra tercera parte al rededor de la ciudad, y arroje al viento la otra tercera; que reuna algunos pelos de estos últimos, y los ate en los ángulos de su manto; que aun de estos aparte algunos y los eche al fuego, del que debe salir una llama que se esparza sobre toda la casa de Israel. El Señor se queja de la infidelidad de Jerusalem, y le declara que va á Juzgarla, á consumir el tercio de sus hijos en su propio recinto con hambre y peste, á hacer pasar á cuchillo otro tercio en torno de sus murallas, y á dispersar por todas partes el tercio restante, haciéndola así ejemplo terrible de su justicia á los ojos de todos los pueblos (Cap. v.). La parte que el profeta debía reunir y guardar en su manto, podria representar á las que se reunieron en Palestina despues de tomada Jerusalem. El fuego que todavia consume una parte de ellos, podria simbolizar la rebelion de Ismael, que mató á Godolías y á los que con él estaban.

Aquí empieza nueva profecía, que parece posterior al número de dias durante los cuales debió permanecer acostado el profeta. El Señor le manda volverse hácia la Judea y profetizar contra ella. Dios va á hacer caer la espada sobre los hijos de Israel; sus altos serán demolidos, y ellos caerán muertos á los piés de sus ídolos. El Señor se reservará algunos de los que esten dispersos entre las naciones; estos se acordarán del Señor, gemirán por sus crímenes, y reconocerán en sí el cumplimiento de las amenazas divinas. El Señor manda á su profeta que muestre su dolor al ver los pecados de su pueblo, y los males con que va á castigarlos. Los pérfidos hijos de Israel perecerán con hierro, hambre y peste; la tierra quedará convertida en soledad, y verán cumplidas las amenazas del Señor (Cap. vi.).

Sigue otro discurso que poco mas ó ménos puede reducirse á la misma época. El Señor declara que está próxima la ruina de la tierra de Israel; que va á esparcir en ella su cólera, la castiga-

rá conforme á sus crímenes, y no se apiadará de sus males. Que el comprador no se alegre, ni el vendedor se aflija, porque la cólera del Señor va á derramarse en todo su pueblo. Perecerán con espada, peste y hambre. Los que logren escapar, parecerán trémulos de pavor en los antros de las montañas. De nada servirán las riquezas, y serán entregadas á los enemigos, que todo lo saquearán, y han de profanar hasta el Santuario. Los hijos de Israel buscarán la paz sin poder hallarla; y no encontrarán consuelo ni en los profetas, ni en los sacerdotes, ni en los ancianos del pueblo. El rey estará bañado en lágrimas, los príncipes llenos de tristeza, y el pueblo trémulo de espanto (Cap. vii).

En el año sexto de la transmigracion de Jeconías, vuelve á ver Ezequiel la gloria del Señor. Transportase en espíritu á Jerusalem, al templo, y ve en este un ídolo que allí habian colocado; á los ancianos de Israel ofreciendo incienso á varias imágenes; á las mugeres llorando á Adónis, y aun á los sacerdotes y levitas adorando al sol. El Señor, despues de mostrarle esto, le declara que va á derramar su ira sobre los hijos de Israel, y que no escuchará sus clamores (Cap. viii). El profeta ve seis hombres armados que se adelantan para ejercer las venganzas del Señor contra Jerusalem, y en medio de ellos otro vestido de lino y con un escritorio en la cintura. Llama el Señor á este, y le ordena ponga una señal en las frentes de cuantos gimen por los desórdenes de Jerusalem; y al mismo tiempo manda á los otros seis que exterminen á cuantos no tengan aquella señal. Ejecútase esta orden, y el profeta se afiige ante el Señor, quien se queja de la infidelidad de las dos casas de Israel y Judá (Cap. ix). Ordena al hombre vestido de lino que tome carbones de fuego entre los querubines que sostienen su trono, y los derrame sobre Jerusalem; y el hombre cumple la orden del Señor. El profeta ve de nuevo los animales y ruedas que ya habia visto junto al rio Chobar. El Señor, que habia bajado de su carro, vuelve á subir en él, y va á la puerta oriental del templo (Cap. x). Transportase el profeta en espíritu á ella, y ve allí veinte y cinco hombres, y en medio de ellos á Jeconías y Feltías, príncipes del pueblo. El Señor le hace penetrar los pensamientos de aquellos hombres, que decian: Si esta ciudad es una caldera, nosotros seremos su carne; y ántes que abandonarla, en ella pereceremos. Ordena el Señor á Ezequiel que profetice contra los príncipes del pueblo, y declare que los que ellos han hecho morir son la carne encerrada en aquella caldera; y que en cuanto á ellos, no perecerán en Jerusalem sino en los confines de Israel. Mientras que Ezequiel profetizaba, cae muerto Feltías. Ezequiel afligido se postra ante el Señor, y le pregunta si perderá á todo Israel. El Señor lo tranquiliza, y le declara que vela sobre los que están en Caldea, y á quienes se mira como rechazados por él; que él mismo será templo suyo en el lugar de su destierro; que los reunirá de entre los pueblos, les restituirá la tierra de Israel, y volverán á ella, y la purificarán; que les dará nuevos corazones, de manera que sigan fielmente sus preceptos; que ellos serán su pueblo, y él será su Dios; mas que tratará segun sus caminos á aquellos cuyos corazones se entregaron á la idolatría. Entónces el carro del Señor se eleva en medio de la

ciudad, y se para en el monte de los Olivos. El profeta vuelve en espíritu á Caldea, y refiere á los cautivos todo lo que ha visto (Cap. xi).

Con poca diferencia pueden referirse al mismo tiempo las profecías contenidas en los ocho capítulos siguientes. Manda el Señor á Ezequiel que aliste su bagage, como un hombre que marcha á otro pais, que horade la pared de su casa, transporte sus muebles de dia, tome hombres que le lleven en hombros, se cubra el rostro con un velo, y salga así por la noche á vista de los hijos de Israel, declarándoles que aquella es una señal de lo que debe suceder á ellos y á sus hermanos; que sus hermanos que están en Judea, serán llevados cautivos; que el principe que está en medio de ellos se pondrá en fuga; y que despues de haberlo preso lo privarán de la vista, y lo llevarán á Babilonia. Promete que al dispersar á los hijos de Israel entre las naciones, reservará algunos de ellos que testifiquen su justicia. Ordena el Señor á Ezequiel que coma su pan como un hombre espantado, y represente así las miserias del hambre que sufrirán los hijos de Israel durante el último sitio. Se queja de los hijos de Israel, que se lisonjean fálidamente de que no se cumplirán tan pronto las visiones de los profetas; y declara que con sus propios ojos las verán cumplidas (Cap. xii).

Manda el Señor á Ezequiel que profetice contra los falsos profetas de Israel, les reprende su temeridad, les anuncia las venganzas que los amenazan, y les declara como han de quedar confundidas las promesas vanas con que sostenian la falsa confianza del pueblo. Le ordena que profetice contra las falsas profetisas que sorprendian las almas de los hijos de Israel, lisonjeando sus criminales pasiones, y les hace anunciar sus venganzas (Cap. xiii).

Algunos ancianos de Israel vienen á consultar al profeta; y el Señor descubre á este el afecto de aquellos á los ídolos; y los amenaza con que permitirá que los seduzcan los falsos profetas, y luego ejercerá sus venganzas en los falsos profetas y en los que los consultan. Declara que en cualquiera otro pais que sea objeto de sus venganzas, tan solo ha de salvar á los justos, y ni aun perdonará á sus hijos; mas que respecto de Jerusalem, salvará de su ruina á muchos de sus habitantes con sus hijos é hijas, que luego en el lugar de su cautiverio testificarán la justicia soberana de sus juicios (Cap. xiv).

Declara el Señor á su profeta que como la madera de la viña solo sirve para quemarse, entregará al fuego los habitantes de Jerusalem; y que su pais será desolado, porque violaron su ley (Cap. xv).

Ordena despues á su profeta que haga conocer á Jerusalem sus abominaciones: Ezequiel, dirigiéndose á aquella ciudad, la recuerda la corrupcion de su origen, el estado miserable de que la sacó el Señor, la gloria á que la elevó, la infidelidad á que ella se ha abandonado; los castigos que ha ejercido contra ella por las armas de los Filisteos, los nuevos excesos á que ella se ha entregado, y las venganzas que va á ejercer el Señor con las armas de los Caldeos. Declara que la infidelidad de Jerusalem excede á la de Samaria su hermana mayor, y á la de Sodoma su hermana menor. Pero al mismo tiempo añade que estas tres hermanas se verán restauradas, y que el Señor renovará para siempre su alianza con Jerusalem, y la dará por hijas á Samaria y á Sodoma. (Cap. xvi).

Manda el Señor al profeta que proponga al pueblo una parábola: Una aguililla corta el meollo á un cedro del Líbano, y lo lleva á la tierra de Canaan; y planta en el Líbano una viña, que extiende sus ramas hácia ella. Aparece otra aguililla, hácia la cual aparta sus ramas la viña, por lo que merece ser arrancada por el aguililla que la plantó. El Señor manda luego al profeta que explique aquella parábola. El aguililla primera es el rey de Babilonia; el meollo del cedro del Líbano, es Jeconías, rey de Judá; la tierra de Canaan es Babilonia. La viña plantada por el aguililla, es Sedecías; la segunda aguililla es el rey de Egipto, y la viña arrancada es Sedecías, á quien llevan cautivo. El Señor declara que de aquel meollo del cedro que se llevó el aguililla, tomará un pimpollo tierno (es decir, á Zorobabel, descendiente de Jeconías), y lo plantará en la montaña de Israel, en la que llegará á ser un cedro; de manera que como humilló al árbol grande, abatiendo la raza de David con el cautiverio de Jeconías, fomentará el árbol pequeño y débil, realizando la misma estirpe de David en la elevación de Zorobabel (Cap. xvii).

El Señor se queja de un proverbio de los hijos de Israel, á saber: Que los padres se han comido las uvas verdes, y los hijos sufrieron la dentadura. Declara estar próximo el tiempo en que no podrá ya decirse este proverbio, porque entonces cada cual llevará solo la pena de su pecado. El justo recibirá según su justicia; el impío, según su impiedad. Las iniquidades del malo que se convierta, quedarán olvidadas; y también las justicias del justo que se pervierta. Los caminos del Señor son justos, y no los de los hijos de Israel, á cuya casa invita el Señor á la penitencia (Cap. xviii).

Ordena después al profeta que entone un cántico lúgubre por los príncipes de Israel. En este cántico deplora el profeta el cautiverio de Joacaz y el de Jeconías, y luego la ruina final de Jerusalem con Sedecías. En la primera parte de este cántico, se representa á Jerusalem bajo el símbolo de una leona, y á sus dos príncipes bajo el de dos cachorros; en su segunda parte la representa bajo la figura de una viña. (Cap. xix).

En el año séptimo de la transmigración de Jeconías, vienen los ancianos de Israel á buscar al profeta para consultar al Señor por medio suyo. El Señor dice que no les ha de responder; y ordena á su profeta que les reprenda las iniquidades de sus padres imitadas por ellos. Infidelidades de los Israelitas en Egipto, donde adoraban á los ídolos; en el desierto, donde violaron la ley que acababan de recibir, y fueron condenados á perecer en él; sus hijos que se salvaron, también ofendieron al Señor. Infidelidades de los Israelitas en la tierra prometida, hasta la ruina de Samaria; infidelidad de los mismos, hasta en el propio tiempo en que Ezequiel profetizaba. Quieren salirse del imperio del Señor; pero este les declara que sabrá hacerlos volver á su obediencia. Los reunirá de entre los pueblos, los restituirá á su patria, reinará cara á cara en medio de ellos, y los hará entrar á todos en su alianza, después de haber expelido y abandonado á los prevaricadores. Ya no le serán infieles, sino le servirán en la montaña de Israel. Reconocerán sus iniquidades, y las misericordias del Señor con ellos. En seguida manda el Señor á sus profetas que profeticen contra el bosque del Mediodía, es decir, con-

tra la Judea, y le anuncie que va á ser completamente devorado. (Cap. xx).

Al mismo año pueden referirse las profecías de los tres capítulos siguientes. Ordena el Señor á su profeta que hable paladinamente y explique su última profecía que anunciaba la desolación completa de la tierra de Israel. Mándale gemir ante sus hermanos, y declararles que la causa de sus gemidos es el aspecto de su próxima desolación. La espada del Señor está preparada contra su pueblo, y aun debe romper el cetro de Judá. Nabucodonosor, después que salga de Caldea, consultará si debe marchar contra los Ammonitas ó contra Jerusalem; y Dios permitirá que tome esta última resolución. Perderá Sedecías la corona, y ninguno volverá á llevarla, hasta que Dios la dé á aquel á quien la destina, al Mesías. Después anuncia el profeta las venganzas que deben caer sobre los Ammonitas, y finalmente las que caerán sobre los Babilonios. (Cap. xxi).

Manda el Señor á su profeta que eche en cara sus abominaciones á Jerusalem. Ella misma apresura su ruina con los ídolos que adora, la sangre que vierte, y los crímenes que en medio de ella se perpetran. La casa de Israel está como una escoria de metales, y el Señor reunirá sus hijos en Jerusalem como en un horno, á fin de purificarlos como con fuego. Jerusalem se parece á una tierra impura y árida; sus profetas, sus sacerdotes, sus príncipes, su pueblo, todos están corrompidos, y no hay en ella quien detenga la cólera del Señor (Cap. xxii).

Representa el Señor las infidelidades y castigo de Samaria y Jerusalem bajo el símbolo de dos mugeres, llamadas Oolla y Ooliba. Ambas nacieron de una propia madre, y ambas se mancillaron en Egipto. El Señor las tomó por esposas, y le dieron hijos. Oolla se abandonó á los Asirios, sin romper sus relaciones con los Egipcios; y el Señor la entregó en manos de los Asirios, que le dieron muerte. Ooliba imitó á su hermana Oolla, y aun la excedió en desórdenes; abandonóse al principio á los Asirios, luego á los Caldeos; se aburrió de estos, y se entregó á los Egipcios. El Señor se ha retirado de ella, como se retiró de su hermana; cesó de cubrirlas con su protección, y declara que va á entregar á Jerusalem en manos de los Caldeos, que serán instrumentos de su venganza contra ella, y que ha de apurar hasta la última gota la copa de Samaria, su hermana. Ambas son reas de adulterio y homicidio; y ambas sufrirán las penas de las adúlteras y homicidas (Cap. xxiii).

En el décimo día del décimo mes del año nono de la transmigración de Jeconías, (el día mismo en que Nabucodonosor sitió por tercera vez á Jerusalem) ordena el Señor á su profeta que señale la fecha de aquel día, y hable á la casa de Israel en una parábola. Representase á Jerusalem bajo la figura de una marmita enmohecida y llena de carne: tírase esta carne cocida hasta los huesos, y el moho se expone al fuego, como único medio capaz de hacerle desaparecer. El Señor anuncia después al profeta la pérdida de cuanto mas amaba, es decir, de su muger, y le prohíbe hacer duelo alguno, á fin de que señale de este modo el estado en que se hallaría la casa de Israel, al verse privada de cuanto mas amaba, es decir, de su templo, y sin atreverse á mostrar su dolor por tal infortunio. (Cap. xxiv.)